

## ENSALADILLA

**Menudencias de varia, leve y entretenida  
erudición por don Francisco  
Rodríguez Marín**

« SI ME MIRAS ME MATAS.... »

Quito ya de mi gramófono los discos de Cervantes, incomparable novelador por cuya memoria hice cuanto pude—poco sin duda—en el malogrado tercer centenario de su muerte, y voy a dedicar las horas libres de dos o tres años, si Dios me los deja vivir con mediana salud, a la agradable tarea de ampliar y refundir mi antigua colección de *Cantos populares españoles*, cuyo número, que apenas pasó de ocho mil, pasará ahora de veinte millares. Libro será éste que contenga los últimos restos vivientes de la poesía popular española, ya hoy casi muerta por diversas causas, y principalmente a manos, y a pies, que es peor, de copleteras y bailarinas.

Mientras preparo la nueva obra—que por su generalidad y por su asunto es una obra nacional—, quiero ir ofreciendo a mis lectores algunas espigas de esta copiosa mies, y al efectuarlo, añadiré a los cantares que me sirvan de temas unos ligeros comentarios, del mismo campo casi siempre, ya que para glosar una copla suelen ser otras el medio más a propósito. Amigo como soy de la amenidad, nadie imagine hallar en mis breves artículos arideces de la erudición indigesta y antipática, lo uno, porque de todas veras procuraré «no dormirme en la suerte», y lo otro, porque he de tratar en ellos de materia tan grata como inteligible; de lo que trata el pueblo en las más de sus coplas: del perdurable tema amoroso. Mal se avendrá esto con mis canas, ciertamente; pero, ¿qué le hemos de hacer? Ya lo dice la copla:

« ¿ Qué cantar he de cantarte  
para no ofender a Dios,  
si no hay cantar que no tenga  
dos palabritas de amor. . ? »

¿ No os parece, lectoras, que debió de ser algo moji-  
gato el mozo que así pensaba ? Y desmemoriado también,  
sobre cortito de genio, pues olvidó que el amor, lejos de  
ser ofensa a Dios, es un precepto divino, y que cantar es  
amar. Esto, por lo tocante a los dos primeros versos de  
la copla : que en cuanto a los otros, no parece sino que el  
poeta popular había leído, y aun se sabía de coro, aquellos  
hermosos endecasílabos con que nuestro gran Ercilla co-  
menzó uno de los cantos de su *Araucana* :

« ¿ Qué cosa puede haber sin amor buena ?  
¿ Qué verso sin amor dará contento ?  
¿ Dónde jamás se ha visto rica vena  
que no tenga de amor el nacimiento ? . . »

Y vamos, que ya es razón, a mi asunto.

La clasificación más corriente de los ojos—Perogrullo  
lo diría tan bien como yo—se funda en los colores : ojos  
negros, pardos, azules, verdes.... Pero el amor, que todo  
lo apaña a su capricho, suele clasificarlos por los efectos  
de su mirar, claro que tan hiperbólicamente como se le  
antoja y acudiendo siempre a su abastadísimo caudal tro-  
pológico. Véanse algunos grupos de esta clasificación,  
con sus ejemplos *al canto*, quiero decir, cantables.

Ojos alumbradores. Canta una andaluza juguetona, y  
por serlo, juega del vocablo :

« Una noche oscurita  
*yo viendo* estaba ;  
con la luz de tus ojos  
*yo me alumbraba* ».

Canta un gitano :

« No *sarga* la luna,  
que no *tié pa* qué ;  
con los ojitos - de mi compañera  
yo me alumbraré ».

Arrulla un palomo :

« Tus ojos, blanca paloma,  
llevan pleito con el sol,  
porque el sol es uno solo ;  
tus ojos dos soles son ».

Mas por cada caso en que son bienhechores los ojos  
de la persona amada, hay diez en que no son sino algua-  
ciles que prenden, o consumados criminales que atropel-  
lan, roban y matan. ¿ Quién había de imaginar que en  
fechorías como éstas se ocupasen, a la callandilla, ojitos  
doncelliles que parecía que nunca hubiesen roto un plato ?  
Pues así y todo. Y no hay que dudar, porque lo pregonan  
a voces—cantando—las víctimas de esos desmanes.

Hay, pues, ojos que prenden y cantivan, como si fue-  
ran corsarios berberiscos :

« Son tus ojos alguaciles,  
que en la calle me prendieron,  
y tus cabellos sutiles  
de cadenas me sirvieron ».

« Tus ojos me cautivaron,  
blanca paloma sin hiel ;  
tus ojos me cautivaron,  
y no los moros de Arhel -.

Hay ojos ladrones :

« Tienes un caer de ojos  
a la almohadilla,  
que me robas el alma,  
costurerilla ».

« Tus ojos son ladrones  
que roban y hurtan ;  
tus pestañas, el monte  
donde se ocultan » .

« A tu cara le llaman  
Sierra Morena,  
y a tus ojos ladrones  
que andan por ella » .

Muchas otras clases de ojos podría citar, verbigracia,  
los que enumera esta copla :

« Hay ojos que miran mucho ;  
hay ojos que miran poco ;  
hay ojos que dan la vida ;  
hay ojos que vuelven loco » ;

pero, a la verdad, ninguna clase es tan numerosa como la de los ojos matadores. La musa erudita y la popular los han denunciado a la justicia un millón de veces, y como si no: mientras dure el mundo seguirán haciendo estragos, sin que nadie ponga coto a sus demasías. No parece sino que tales ojos son diputados a cortes y gozan de la inmunidad o impunidad parlamentaria. Así, en todos los tiempos, escandalizados y moribundos los amantes, han hecho a estos ojos, y a sus dueñas o inductoras, preguntas como las siguientes :

« Ojos negros matadores,  
¿ por qué no vos confesáis  
por las muertes que habéis hecho.  
corazonea que robáis ? »

« Ojuelos matadores  
tenéis, señora ;  
¿ cómo es que la justicia  
no los ahorca ? »

« Si con el mirar matas,  
niña, pregunto:  
¿ Dónde vas enterrando  
tanto difunto ? »

Quizá sería este último preguntante quien, ya resucitado, cantó, con la escama que era de suponer, antes de meterse en nuevas aventuras :

« Unos ojos negros fueron  
causa de todo mi mal :  
no quiero más ojos negros  
porque tiran a matar » .

O acaso fue aquel otro que, sabiendo por dolorosa experiencia que tales ojos eran armas muy bien templadas, los pedía prestados a su novia, para quitar de en medio a un enemigo :

« Dame, niña, tus ojos  
por esta noche,  
porque quiero con ellos  
matar a un hombre » .

Es muy de tomar en cuenta una realidad maravillosa que suelen tener las doncellitas que, por llevar basiliscos en los ojos, matan mirando: a veces también matan cuando no miran, porque a esto equivale el morir de no mirados sus infelices amantes. Estas pobres víctimas son rematados casos patológicos, sin curación posible, pues ¿ cómo han de escapar con vida si, por *fas* o por *nefas*, los tiene condenados a muerte su propia locura amorosa? Así, unos por acá y otros por allá, en todas las tierras de España cantan sus cuitas, doliéndose por desahuciados en coplas como las que siguen :

« Los ojos de mi morena  
son dos brillantes luceros,  
que si me miran, me matan ;  
si no me miran, me muero » .

« Si me miras, me matas,  
y si no, también :  
de todos modos muero,  
conque mírame » .

« Si me mías. me matas ;  
si no, me muero,  
Mátame, vida mía,  
que morir quiero » .

» Tus ojos me han de llevar  
derechito al cementerio :  
que si me mirén, me matan ;  
si no me miran, me muero » .

Y mientras en nuestra tierra peninsular cruzan el aire estos dulces lamentos de quienes, en realidad de verdad y sin tropos de la retórica, pues tienen por único maestro al corazón, saben matar y morir cuando aman, en otro continente, los judíos de Tánger repiten una vez más en la siempre amada lengua española lo que ya repetían viviendo en Toledo, en Sevilla y Córdoba los tatarabuelos de sus tatarabuelos, y cantan, cuando el travieso gusanillo del amor les cosquilla en los corazones :

« Si me miráis, me matáis ;  
si no me miráis, me muero,  
e si no me remediáis,  
del *sielo* venga el remedio » .

Madrid, 1918.

